



R. 3987

RETRATOS DEL CAJÉ DE  
VISTAS DE TODOS LOS PAISES  
MONUMENTOS  
No se devuelven los originales  
que se reciben.

# EL CASCABEL

PERIÓDICO ILUSTRADO.

COSTUMBRES  
LAMINAS DE LA GUERRA  
CARICATURAS  
Se regala a los suscritores el  
Almanaque de la Ilustración.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.  
NÚMERO DEL DIA DOS CUARTOS.

MADRID 15 DE FEBRERO DE 1874.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS,  
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2: MADRID.

## REVISTA DE MADRID.

Comprendo a fe mía el regocijo de que estarán poseídos todos mis apreciables lectores, como lo está Madrid entero, y creo que no es exagerado decir que España entera, los carlistas inclusive.

No ha terminado la guerra civil que tantas vidas cuesta, no se ha encontrado todavía el medio de enjugar el déficit; pero esto, y algo más que necesitamos para poder aletear y respirar, sucederá al fin tarde ó temprano. Por de pronto, contentémonos con haber logrado lo que todos con tanto afán deseábamos, bien que no nos habíamos dado cuenta de este deseo; todos sentíamos un vacío, digámoslo así, sentíamos que nos faltaba algo, una cosa imprescindible, fatalmente necesaria para vivir; no sabíamos lo que era, pero era algo, algo... Solamente Colón, si viviera, podría explicar este deseo, refiriendo lo que él sentía antes de descubrir el nuevo mundo. Los que no hemos descubierto nuevos mundos ni mundos nuevos siquiera, no podemos explicarlo.

Ahora, por dicha, lo hemos descubierto, gracias al Ayuntamiento (Excmo. Ayuntamiento, creo que se se dice de la villa de Madrid. Esa ilustre corporación nos va a dar lo que nos pedía el cuerpo, lo que todos anhelábamos, lo que era indispensable para nuestro regalo y nuestra ventura; nos va a hacer nada menos que un paseo para coches con sus señoritas, señoritos, señoronas y señorenes dentro, y para caballos con sus ginetes. Me parece que no se quejarán Vds., me parece que ya estarán Vds. satisfechos. Así como así, no había bastante sitio desde la Puente Castellana al paseo de Atocha para que corrieran los coches, y era preciso ese paseo especial, ese paseo privilegiado, ese paseo republicánicamente aristocrático, en el que dicen que habrá que gastar unos 70.000 duros, que no puede ser más barato un beneficio tan grande para la humanidad que tiene coche.

Alguien, algún infeliz, dirá que con ese dinero podía hacerse gran favor a la humanidad doliente que ha menester de hospitales y casas de socorro ó hermoarse y sanearse algunos puntos de la población; pero esa observación no es atendible en manera alguna, y desde luego demuestra en quien la haga la falta absoluta de coche propio.

Los *cursis*, que somos los que no tenemos coche,

nos quejamos por pura envidia de que se haga ese paseo régio, digámoslo así; pero estoy seguro de que el Ayuntamiento nos mirará con lástima y desden, considerando cuán desventurados y pobres hombres debemos ser los que no sentimos la necesidad de ese paseo de los coches en el Retiro.

Dicen los que tienen coche y quieren que les hagan el paseo, que en esta obra hallarán trabajo muchos obreros. Y así será, en efecto; pero mejor fuera que el trabajo lo hallaran en otras obras de mayor utilidad, dirán los *cursis*, que no son pocas las que debiera hacer el Ayuntamiento. Y también dirán los *cursis* que sería de mayor provecho crear escuelas, dar premios a los buenos maestros, fomentar la instrucción pública, y hacer, en fin, muchísimas mejoras que reclama urgentemente la capital de esta gran república.

En fin, hágase si tanto urge, el paseo. Yo prometo no profanar la aristocrática vía, porque como no tengo coche ni soy caballo, no he de meterme allí con riesgo de que me atropellen los intrépidos ginetes, las bellas amazonas y los bárbaros aurigas...

Felipe III, el bueno de Felipe III, vuelve otra vez a la Plaza Mayor, que es verdaderamente su plaza, a despecho de los mal aconsejados federales que le aparearon con bien poca oportunidad.

Yo celebro infinito la vuelta del caballero Rey a la Plaza Mayor.

Este, además de ser un acto de justicia, es un síntoma de la mudanza de los tiempos; y de que no hay mal que cien años dure.

Venga en hora buena S. M., venga a mantener vivo el recuerdo de la Monarquía española.

Y no digo más.

Se abrió el Teatro de la Alhambra, dirigido por una Sociedad de escritores. La función inaugural satisfizo completamente al distinguido público. Las obras estrenadas pertenecen a los Sres. Fernandez Bremon, Ossorio, Sepúlveda y Frontaura, todos muy amigos míos, y el último mi inseparable compañero. Todas fueron muy aplaudidas, las de los primeros con justicia, la del último solamente por efecto de la benevolencia del público.

*El Elixir de la vida*, así se titula la obra del señor Bremon, es sumamente ingeniosa y delicada, y entraña un pensamiento profundo. La del Sr. Ossorio, *Un*

genio en las personas que trataba; su suspicacia le perdía, y sin la bondad natural de su único amigo, que había aprendido a domarle en sus impulsos, más de una vez se hubieran roto los lazos de tan entrañable afecto; pero cuando su razón recobraba la calma, pedía perdón a Genaro, porque en el fondo Valentín era bueno.

Su figura era agradable, en la apariencia, pues como el mar, cuando se encrespa, su fisonomía tomaba un aspecto de fiereza temible, sin que le valieran los consejos de su compañero, que en diferentes ocasiones había tenido que interponerse para evitar que su espada, que saltaba en seguida de la vaina, le expusiera a un lance comprometido.

Genaro estaba inquieto porque en el baile había observado a Valentín comprendiendo la agitación de su espíritu, y temió por Olvido que podía ser víctima de alguna inconveniencia de su amante, por más que ella no diera motivo. Sin embargo, Valentín se había contenido en los límites de la buena educación; pero la tormenta rugía sorda en su pecho y amenazaba estallar con violencia. Su compañero le conocía bien y callaba, proponiéndose, cuando estuvieran solos, calmar con sus buenos consejos aquella excitación.

La fisonomía de Valentín se fue nublando a medida que las horas pasaban, y maquinalmente cumplió con el servicio militar; a las nueve de la noche, hora en que los oficiales se retiraban del cuartel, salió solo, y sin duda para respirar el aire libre ó para buscar expansión a su atribulado espíritu, se dirigió al campo por el portillo del Conde Duque.

Un oficial le seguía a alguna distancia envuelto en su capote porque la noche estaba muy fría, y cuando Valentín se había alejado de la ciudad, oyó que le llamaban; sorprendido, volvió la cabeza y marcando en su rostro un gesto de profundo disgusto, dijo:

—Por qué me sigues, Genaro?

—Porque necesito tranquilizar tu ánimo; creo que es una locura venir al campo a estas horas.

*mártir desconocido*, es una pieza graciosa cuajada de chistes y entretenida como pocas. Acerca de la titulada *Desde el cielo!*, diremos solo que los periódicos la elogian mucho, y el público la aplaude grandemente. *La Correspondencia*, *El Diario español*, *El Imparcial*, *La Epoca*, *El Tiempo*, y otros importantes periódicos dedican al Sr. Frontaura benevolas frases que agradece-mos profundamente.

La compañía de actores que actúa en ese teatro, es completa, y en ella descuellan la inteligente señora Carbonell, su hija la señorita Aranzaz, y los Sres. Torres, Yañez, Aranzaz, etc., etc.

Aconsejo a Vds. que asistan a un teatro donde se rinde culto a la literatura y a la moral, y se divierte a la gente por poco dinero.

Y adios, señores.

## ANÁLISIS DE UNA MÁSCARA.

CARNAVAL DE MADRID.

Desmayarse en mis brazos una máscara, una máscara que parecía ser bellísima, y una máscara joven que me era completamente desconocida, parecerá a cualquiera una aventura digna de ocurrir a un don Juan Tenorio, y digna de ser descrita por Lord Byron, Adam Mickiewicz ó Alejandro Dumas. Y yo no era ninguno de estos célebres señores.

Que la máscara era bella; me lo decían sus rasgados ojos, su cuello de alabastro, sus artísticos contornos y su voz argentina. Que era una joven bien nacida, de familia distinguida y de costumbres escogidas, me lo aseguraban sus flacos modales, el temor con que de mí dejaba asirse. Ni apoyó jamás sus mejillas sobre mis hombros.

permitió que durante la cadenciosa polka vislumbra-ra su torneado brazo, por más que codicioso de penetrar por él, sostuviese con mi mano izquierda su pequeña mano, y la levantara graciosamente al aire. Mi situación en aquel momento fue difícil. La concurrencia era inmensa; el baile de máscaras, aunque se daba entonces en un palacio del extremo de la Carrera de San Jerónimo, era un baile público; arrancar-le la careta, no hubiera sido allí un abuso, hubiera sido un escándalo, hubiera sido un crimen. Quizá, indudablemente, en el mismo salón, tenía su madre, sus hermanas, su amante ó su marido... No, aquella

—Me sofoco en las calles, y busco aire, mucho aire, para mis pulmones oprimidos.

—Ven, dijo Genaro con el mayor cariño cogiéndolo por el brazo. ¿Qué tienes?

—Nada, contestó con aspereza.

—Soy tu amigo; soy tu hermano; y tengo derecho a pedirte explicaciones.

—A nadie concedo ese derecho; déjame.

—Te has vuelto loco, Valentín?

—No sé; quiero estar solo.

—Y yo no quiero dejarte, porque es un deber del cariño aplicar bálsamo a las heridas de los amigos.

—Las heridas!... ¡Ay, Genaro! ¡sufro mucho!

—¿Ya suspiras? Ahora podemos entendernos; ábre-me tu corazón.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque, como siempre, dirás que no tengo razon.

—Nunca he procedido así; estás ofuscado.

—No, Genaro; la herida de mi pecho es profunda y no tiene cura.

—¿Quién te hirió de ese modo tan cruel?

—Olvido.

—¿Mi hermana?... ¡Valentín, desgracia!

—No!

—Olvido te ama con todo su corazón.

—Esa es una frase muy gastada para engañar a los necios.

—¿Dudas de mí?

—Dudo de todo el mundo! exclamó Fajardo con desesperación.

—¿De mí también? preguntó Monreal con sentimiento.

—Tu hermana no me comprende; mejor dicho, tu hermana no me quiere.

—Estás loco; te lo repito.

—¿No estoy loco! exclamó Valentín exasperado; la mujer que ama no va a un baile a reirse y a gozar con las miradas de los hombres, a entregarse con sus brazos para seguir el compás, sin notar que el cora-

## LAS CORRIENTES DE LA VIDA.

NOVELA ESCRITA

POR

Teodoro Guerrero, Antonio Hurtado, Ramon de Navarrete, Pilar Sinues de Marco, Luis Vidari, Manuel Juan, Diana, Francisco Perez, Echevarria, Francisco Luis de Retes, Ricardo Sepúlveda, Angela Grassi, Manuel Ossorio y Bernard y Carlos la Frontaura.

CAPITULO PRIMERO.

Por T. Guerrero.

(Conclusion)

Genaro, a los 20 años, era un joven hermoso; no había en todo el regimiento de lanceros quien llevara el uniforme con más galanura, y cuando pasaba a caballo por las calles, muchas niñas se asomaban a los balcones para verle; pero como Genaro no pensaba más que en Consuelo, ninguna mujer robaba a esta una sola mirada de aquellos magníficos ojos negros; y aunque Consuelo no hubiera dominado por completo el alma del joven oficial, como dominó siempre el primer amor, él no le hubiera hecho tralación, porque era esclavo de sus deberes.

Valentín no tenía más amigo que Genaro; su carácter era suceptible y se arrebatada hasta la locura en la excitación de sus pasiones, que se desbordaban fácilmente; amaba con frenesí a Olvido, pero dudaba de ella, no sabiendo apreciar el sello distintivo del

esbelta hija de los amores y de las gracias, no podía haber tenido marido aun. Podía yo muy bien, entre aquella muchedumbre loca, indefinible, anónima, semi-comunista, congregada por el Amor y por Momo en el templo de Terpsicore, pasar por el amante, por el hermano, por el marido de la bella desmayada. Y no vacilé. Toméla en mis brazos con dulce y amoroso afán, la levanté en alto cual ligera pluma, para abrirme paso entre la apiñada multitud, y pocos, muy pocos de los concurrentes llegaron a advertir el compromiso en que la sofocante atmósfera del salón me había colocado.—Una máscara más ó menos desmayada, ¡qué importa al mundo!—Un desconocido que sale precipitadamente de un baile, que baja por la grandiosa escalera con una dama en brazos, que la deposita en el primer coche de alquiler que encuentra en la puerta, esperando allí que salgan las gentes, no tiene ciertamente por qué llamar la atención.

—Al hotel de los Italianos, que es donde yo vivía, grité al auriga con conmovida voz, y deposité mi preciosa carga en el fondo del coche, que partió á escape.

Mi acción era atrevida, pero ¡á cuán diferentes soluciones no presta un lance de Carnaval?

Si es hermosa, decía entre mí; si es bella é inocente; si aun no ama á nadie, y sus padres desaprueban mi conducta,.... la conduciré al pie del altar, me casaré con ella, y mi familia no tendrá más remedio que conformarse.—Estos son percances de los jóvenes en la vida madrileña.—Si es casada, si tenía familia en el baile, la devolveré respetuosamente al salón, tan pronto como haya vuelto en sí, porque en mí no cabe abusar de la inocencia, ni del sueño imprevisto de una dama hermosa. Habré evitado el ridículo de la gacetilla, que acaso hubiera escrito mañana en los cien periódicos de la capital: «Anoche sufrió la bella señorita de... un fuerte desmayo en el gran baile del palacio de... No se sabe á qué atribuir este incidente, aunque se supone que no fué ageno al desafío que tuvo lugar entre dos jóvenes de la nobleza.»

Y acumulando mil fantásticas ideas, creando en mi mente mil ensueños de amor y de ventura, fui tan necio que ni tan siquiera me acordé, no me atreví tan siquiera á quitarle la careta mientras cual nueva Proserpina, arrebatada por Pluton, la conducía á mi morada. Llegó el coche al hotel, salió uno de los camareros á abrir la portezuela, pagué al auriga, y con cuidados mil, entre el camarero Antonio y yo, depositamos á la bella desconocida sobre el sofá de mi aposento.

—«Señuritu, dijo el criado, que era asturiano, ¿que aventura es esta? ¡Una señora en su cuartu!...»

—«Calla, le dije yo, condenado. ¿No ves que es una máscara que se ha puesto enferma? Corre, enciende más luces, sube vinagre y agua fresca, llama á cualquier criada de la fonda que la auxilie y haga volverla en sí, porque nosotros... no debemos, no somos dignos de tocar tanta belleza. Y cuidado, sobre todo te encargo que no se le quite la careta. No debemos ver su cara deliciosa, ¡oh, sí! deliciosa, hasta que haya recobrado el conocimiento, y por sí misma nos dé permiso para contemplar sus angelicales facciones.»

Antonio me miró con ojos asustados, y se lanzó fuera de la habitación para cumplir su cometido.

zon de su amante se rompe en pedazos á impulsos de un fiero desengaño.

—Valentín, en tu ceguera ofendes á mi hermana, que es pura como la más pura de las mujeres. Consuelo, á quien amo con veneración, bailó anoche con otros hombres sin que me quejara, porque es un deber social...

—¡Peor para tí, interrumpió Fajardo bruscamente, si te conformas con esos deberes! ¡Yo no puedo, no quiero, conformarme con ellos!

—Culpa á la sociedad...

—¡No! gritó desalentadamente Fajardo; á quien culpa es á Olvido.

—¡Valentín!

—¡No quiero callar, porque necesito dar desahogo á mi justa cólera! ¡Tu hermana es una coqueta!

—¡Valentín!... ¡Oh! ¡eres un insensato!

—¡Insensato yo?... ¡Ah!...

Fajardo, frenético, levantó la mano y la dejó caer sobre la mejilla de su amigo Genaro Monreal, que lanzó un ruidito feroz, como el león de las selvas cuando se siente herido, y llevó el brazo derecho á la empuñadura de su espada; pero permaneció en aquella actitud hostil algunos segundos, en que la sangre que se había agolpado á su cabeza fué bajando poco á poco y devolviendo la tranquilidad á su espíritu. Entonces dijo:

—¿Qué has hecho, Valentín?

—Castigar tu atrevimiento! ¡devolverte el insulto!

—Olvidas que soy tu hermano, y yo no quiero olvidarlo; entre nosotros no puede levantarse el fantasma de la muerte que has evocado con tu insensata conducta.

—¡Insensata!... ¿Otra vez?

—Sí: otra vez, Valentín; solo tú en el mundo podrias haber manchado mi honra y existir todavía. Te perdono la ofensa que inferiste á mi hermana; te perdono la que acabas de inferirme, porque estoy seguro de que la razon acude ya en tu auxilio y vas á tenderme

«Por qué me miraría así Antonio? ¡Hube dicho acaso algun desatino?»

Yo mismo me apresuré á encender otras velas, en los candelabros de la habitación. Y en mi mente calurosa, me forjaba la apasionada escena en que la bella desconocida volvería en sí, y llena de reconocimiento hacía mi heroica acción de nuevo Abelardo, premiaría con un ósculo de fuego mi amor á Eloisa. ¡Ah! qué momento aquel, en que lanzando un suspiro, entreabrió sus labios de coral la ninfa sin nombre, tesoro de amor que la suerte me deparaba! Caí arrodillado á sus pies, y casi sintiendo que se me saltaba el corazón del pecho, me atreví á apartar de su terso y abultado seno el dominó azul que le cubría. Loco de amor, casi fuera de mí, lleno de entusiasmo y de pasión por mi inesperada conquista, bendecía el momento feliz en que había resuelto ir al baile, y ponía mis trémulas manos sobre su talle de sílfide, para desatar el tiránico cinturón que le oprimía.

En aquel instante apareció Antonio en la puerta de la habitación con un quinqué en una mano y una jicara con vinagre en la otra, diciendo:

—«¡Vaya una aventura, señoritu! ¿Y es parienta de V. esta mascarita?»

—«Calla, Antonio, calla. No lo sé todavía...» contesté yo. Acaso sea pronto mi esposa, iba á añadir, pero el torpe fámulo respondió lleno de admiración:

—«¡Canariu! ¿Aun nun lu sabe?...»

Pero pronto salimos los dos de dudas, por mi fatal destino! La criada de la fonda, Juana por más señas, no tardó en vestirse, pues todos estaban ya acostados, y entrando en la habitación, prodigó sus auxilios á la que yo creía infortunada bella.

—«¡Pobre señora, exclamó, ir á los bailes á su edad! ¿Quién la habrá engañado? decía, mientras la desabrochaba el traje, y le quitaba, como era natural, pero contra mis caballerescas prevenciones la careta... «¡Si es una vieja!»

—«Una vieja,» exclamé yo, como si acabase de herirme Júpiter con diez mil rayos! «¡Santo cielo, y es verdad!» prurumpí al ver los cuantiosos algodones que del mentido pecho le apartaba la oficiosa Juana.—«Ten, dije furioso al criado, entregándole una moneda. Volvedla en su conocimiento, hacédla tomar algun refrigerio, llamad un coche, y acompañadla otra vez al baile. Que busque allí á sus hijas, ó á sus nietas. No la expliquéis quien soy, ni la digáis qué fonda es esta. Abridme otro cuarto cualquiera para echarme á dormir. No conteis á nadie esta ridícula aventura, porque si no, os lo aseguro, dije fuera de mí, os pego un tiro, y yo... me marchó á América.»

Y maldiciendo las máscaras, maldiciendo mi amor á la poesía, y la poesía del amor, salí echando espuma por la boca; entré en otro aposento, que me abrió Antonio, estupefacto; me desnudé con rapidez y me hundi en la cama. Pero en balde me acostaba, porque ciego de ira contra la bafa que me acababa de hacer el insolente Carnaval, no pude cerrar los párpados en toda la noche.

FLORENCIO JANER.

los brazos. Tú y yo no podemos reñir; dime que aceptas el perdón que te concedo.

—¡A nadie me humillo! exclamó Fajardo, verde de cólera, desenvainando su espada.

—¿Qué vas á hacer, Valentín? Vuelve en tí; no podemos cruzar nuestras armas. ¡Dios y nuestras familias nos están mirando!

—Defiéndete, Genaro!

—¡No! gritó éste cruzándose de brazos.

—¿No te bates? ¡Eres un cobarde! prurumpió, azotándole la cara con la hoja de su acero.

—¡Ah! ¡esto es demasiado! exclamó Genaro fuera de sí. ¡En guardia! ¡en guardia! ¡y Dios te perdone!

Sacó la espada y se arrojó sobre su agresor, que paró el golpe certero que iba en busca del corazón; la luna, que alumbraba débilmente, envió entonces un rayo que iluminó de lleno la fisonomía de Valentín; y su amigo, su hermano, sintió que el acero se le caía de las manos; volvió en sí y púsose á la defensiva, pero su contrario le acosaba ciego, no oyendo las voces que le daba para que suspendiera sus golpes; en una parada presentó Genaro el arma horizontal y tocó en seguida con la mano el pecho de su compañero, donde se había escondido la espada; Valentín Fajardo cayó atravesado, exhalando un gemido sordo.

Genaro dió un grito espantoso y se arrojó sobre el cuerpo de Valentín, que tenía en los ojos retratada la muerte.

—¡Hermano mio! exclamó con el arrebató de un demente.

El rayo de la luna alumbraba la cara de Valentín; no había en ella ni la expresión del dolor de la herida, ni las contracciones de la ira; la reacción se había verificado; parecía el ángel del consuelo.

El moribundo tendió la mano derecha y cogiendo la de su amigo, le dijo con expresión de ternura:

—¡Me he suicidado!... ¡No hay remordimiento para tí en mi muerte!... ¡Pobre Olvido!... ¡Pobre madre mia!... ¡Perdóname!...

EL CAFÉ DEL SUR.

(ARTÍCULO CURSÍ.)

—Buenas noches; ¿cómo está V. doña Asunción?

—Adios, Clarita... hija, y que remaja que viene V. hoy.

—Sí, es noche de moda.

—Pues tiene V. razon; y yo que vengo hecha un adfesio!...

—Nosotras estábamos muy desanimadas; pero nos ha ido á decir Venturita, aquel jóven pálido que estuvo sentado la otra noche en nuestra mesa, que hoy iba una funcion nueva, y aquí nos tiene V.

—Y han hecho Vds. perfectamente. ¿Y uslé, doña Engracia, cómo sigue V. con su pierna?

—Ay, hija, esto no se cura. Le digo á V. que me quite el humor para todo. Por mi gusto esta noche me hubiera quedado en mi casita; pero este diablo de chica, en cuanto oyó decir al tal Venturita que había funcion nueva, ya no me dejó parar hasta que prometí traerla.

—Y ha hecho V. muy rebien. ¡Caramba! ¡Uy! la casa... no me hable V. de ella. ¡Pasarse toda la noche entre cuatro paredes! Aquí, hija, por 2 rs. se toma café, se oye representar y se pasa el rato de conversacion tan ricamente.

—Es lo que yo digo siempre á mamá. ¿Pero qué comedia hacen esta noche?

—Eso sí que no lo sé: se lo preguntaremos al camarero. Oiga V. Venancio... Venga V.

—¿Qué traigo?

—Por ahora nada; despues pediremos. ¿Sabe V. qué comedia va hoy?

—Deje V. que me acuerde... La... no; no empieza en la... El...

—¿El terremoto?

—No, señora, no es nada de tempestades... El traidor y el confesionario... una cosa así.

—Ah, ya; ¡Traidor inconfeso y mártir?

—Eso, eso; pero me llaman de aquella mesa y voy...

—Ya sabe V.; más tarde quiero café con bollo tostado; bien tostadito, eh?

—Mamá, ¿qué vas á tomar?

—Leche caliente.

—Oiga V., Venancio, á nosotras nos trae V...

—Vuelvo.

—¡Jesús, qué hombre! nunca escucha lo que se le dice.

—No, V., hija, que tiene que servir á tantos...

—Pues ha de saber V. que Venturita nos dijo esta mañana que en la comedia de hoy estrena un vestido, la Pepita, que va á dar golpe.

—Ya voy yo cansándome de tanto oír hablar de Venturita.

—¡Jesús, qué mamá esta! ¿Tiene algo de particular?

—Sí, señora, que tiene, y mucho. Es un mequetrefe que no hace otra cosa que traer y llevar.

—Pues es un chico muy guapo y muy fino.

—Verás como te doy yo á tí la *flurra*.

—Bueno.

—¿Que te calles!

—Pero, ¡ha visto V., doña Asunción, qué mal genio tiene esta mamá?

—¡Ah! ¡no! ¡morir tú!... ¡Valentín!...

Genaro cogió la espada por la empuñadura y la sacó del cuerpo de su amigo, que dobló para siempre la cabeza. Entonces le besó en la frente, y dió á correr por el campo como un loco, pidiendo á la luna y á los árboles, únicos testigos de su desgracia, la vida de aquel hombre que había sacrificado á las leyes del honor; pero la luna seguía enviando tranquilamente sus rayos á la tierra, y los árboles seguían agitándose mansamente sus hojas, sin tomar parte en su dolor, sin enviarle un consuelo.

Genaro volvió en sí, y acercándose de nuevo al cadáver, permaneció algunos minutos inmóvil, con los brazos cruzados, contemplándole; despues dobló una rodilla en tierra, colocó la empuñadura de su espada sobre la frente de su amigo y pronunció con tono solemne estas palabras:

—¡Juro sobre la cruz de esta espada no volver á ceñirla, ni medir mis armas con ningun hombre, aunque la sociedad entera se desplome encima de mi cabeza!

Besó otra vez aquella frente, que guardaba un juramento sagrado, y enderezó sus pasos hácia la ciudad. Cuando llegó al portillo, tuvo que detenerse para enjugar sus lágrimas; ¡lloraba como un niño!

Detrás de aquella tapia le aguardaba el mundo; el mundo que en aquel lance de honor podía ver un crimen, pues no había más testigos que la luna y los árboles, y estos no comparecen en juicio. ¡Era preciso vivir!...

En su casa le aguardaban su madre y la madre de Valentín; su amada Consuelo, que era hermana del muerto, su hermana Olvido, que era la amante de Valentín.

Un río de sangre había separado á aquellas dos familias, unidas al parecer por un lazo eterno.

(Se continuará.)



Personajes de «Las Manzanas de Oro.»

—No se disgusten Vds.: ¡qué caramba! Vaya, doña Engracia, deje V. á Clarita, que la pobrecilla bastante trabaja durante el día; y que por la noche quiera reirse un rato, nada tiene de particular.

—Es que *usted* no sabe la guerra que me da este arripazo; no, y como yo la vea hacer telégrafos con el tal Venturita, ya se puede preparar.

—Cosas de jóvenes... En hablando del ruin de Roma... aquí lo tiene V.

—¿Quién?  
—Venturita, que se dirige á esta mesa.  
—Niña, cuidadito conmigo, y á ver cómo le das poca conversacion.

Venturita se acerca á la mesa que ocupan las tres señoras; las saluda á todas, metiendo mucha bulla; pide permiso para sentarse, y con cierto disimulo arrima su banquetta á la de Clarita.

Doña Engracia está que podría ahogársela con un cabello.

—¿Ha visto V. que atrevidillo?—dice á doña Asuncion por lo bajo.

—Déjelos V., señora,—contesta doña Asuncion,—él parece un muchachito muy decente.

—No me hable V.; si cuando lo veo parece que tengo delante la estampa del hambre. ¿Ha reparado V. qué flaquísimo está?

—Eso es que crece.

La escena anterior es copia de una de las innumerables de este género, que ocurren todas las noches en el café del Sur.

El café del Sur es uno de los establecimientos más populares de la villa. Su dueño ha tenido la feliz ocurrencia de construir un escenario en uno de los extremos del salon, y allí se ponen en escena, en medio de un diluvio de aplausos, las obras de nuestros primeros autores dramáticos.

Los cómicos del café suelen gauar 14 ó 16 rs. cada noche, segun la categoría. Terminada la representacion tienen el derecho de devorar un *bistek* con patatas. (Esta es una de las cláusulas del contrato de ajuste.)

La concurrencia es siempre numerosa en el café del Sur, á las cinco de la tarde están ya *tomadas* casi todas las mesas por un enjambre de chiquillos, viejas, jóvenes, pollos, ancianos y domésticas.

Creo innecesario advertir á Vds. que la gente *cursi* ha destinado el café del Sur para celebrar en él sus reuniones nocturnas.

Todos los abonados al café se conocen, se saludan y se *despellejan* recíprocamente.

Llega V. una noche, dispuesto á saber la vida y milagros de cualquiera de las personas que allí se reunen, y no tiene V. más que abrir la boca, y ya le está á V. diciendo al oido una de aquellas señoras:

—¿Ve V. aquella jóven que se sienta en la mesa del rincon? Pues dicen si tuvo ó no tuvo... Pues ¿y aquella otra de la izquierda? Esa ha sido modista, y ahora la llaman á coser de algunas casas: está separada del marido... Nunca la verá V. más que con ese vestido de *fular*, que parece comprado en una prenderia; pero en cambio viene aquí todas las noches... pregunte V. al mozo y le dirá que debe, yo no sé cuanto. Ya ve V., no tiene posibles y luego mucho hablar y mucho tomar cafés y medias tostadas... Le digo á V. que aquí vienen algunas personas... Vamos, si no fuera porque *una* está ya curada de espantos, era cosa de no poner aquí los piés... Porque ha de saber V. que yo soy una señora de buenos principios. Mi mamá era *médica*, quiero decir, se habia dedicado á la *ciencia de partear*. Y no es porque yo lo diga; pero tengo muy buenas relaciones en Madrid. ¿Conoce al Marqués del Fígle? ¿No? pues es tío mio, solo que estamos indispuestos por cuestion de intereses...

¡Ay, amigo lector! De fijo le sale á V. un flemon, ó tiene V. anginas, ó adquiere V. un padecimiento cualquiera, si llega la inexperiencia de V. á conducirlo una noche al café del Sur, y le cabe á V. la desventura de tener por *adlátere* ó compañera de mesa á una de estas apreciables *abonadas*.

Por supuesto, mientras la *señora* le hace á V. la relacion de la vida privada de las demás, hay otras muchas *señoras* vivamente interesadas en poder acercarse á V. para decirle muy quedito:

—Esa que está hablando con V. es una tal y una cual, que hace esto y lo otro y lo de más allá... ¡Si V. supiera! Su marido ha sido de la policia secreta, y luego estuvo en presidio...

Le digo á V. que lo que sucede en el café del Sur, es digno de ponerse en romance, y darlo á la interpretacion de un ciego acreditado, para que vaya cantándolo por esas calles de Dios.

Pero no pasemos adelante. El artículo se va haciendo pesado, y dejaré para otro dia la continuacion, como se hace con los folletines de los periódicos.

LUIS TABOADA.

EL TIPO DE LA MUJER.

VI.

UN BELLO IDEAL.

A MI TIO TEODORO GUERRERO.

Yo tambien, querido tío, aunque mi audacia te asombre, escudado con tu nombre, tomo parte en este *lio*.

Teniendo un bello ideal, dar puedo mi parecer; para elegir la mujer hay sufragio universal.

Sin Castelar, yo sería en Madrid un paseante, mas ya soy todo un flamante teniente de artilleria.

Y pues salí de Segovia por siempre jamás Amen, caro tío, yo tambien quiero buscar una novia.

Pero temo, con verdad, que ellas no me den de alta, porque una *estrella* me falta para dejar *viudedad*.

Mientras allá en el Bourdan y en el *Darrios* aprendia, tambien con afan leia en tus *Cuentos de salon*.

Pues ellos me han convencido, ya no hay tiempo que perder; así, búscame mujer, que á casarme me decido.

En mis propósitos, ardo por casarme, y te lo digo aunque me aplaste tu amigo Sepúlveda (don Ricardo).

Mis deseos son muy buenos; mujer no me ha de faltar, que en queriéndose casar la mujer es lo de menos.

Algo la estatura importa; no quiero la elijas alta, porque no tengo por falta el que se quede *por corta*.

No es extraño que me incline á mujer en miniatura, pues aun siendo en estatura no quiero que me domine.

La principal condicion que te exijo es el dinero; no te enfades, lo primero es la buena educacion.

Habrás de ser muy callada (si hay alguna que lo sea), más bien bonita que fea, algo sosa y recatada.

Me querrá con frenesi y tendrá elegantes modos; será ciega para todos, pero un lince para mí.

Al prodigarle ternos los hombres, se hará la sorda; y mejor la quiero gorda por no sufrir sus flaquezas.

Aunque procure sencilla que yo la enseñe a leer, no haré tal, porque al saber me leerá la curulesa.

Y tampoco, aunque lo sientas, las cuentas le he de enseñar, porque si aprende á contar sabrá ajustarme las cuentas.

No quiero que juegue, no; pues sé que ella ganaría, y siempre resultaría que solo perdiera yo.

En el juego de la banca hay quien con el pego juega, y de hijo me la pega porque alguno me desbanca.

Dicen que por todo pasa el futuro, y yo lo creo, mas que me busques deseo una mujer de su casa.

Yo sé que no te desbordas, mas te confieso, sincero, que literata no quiero; es mujer de letras gordas.

No anhelo escriba comedias, pues yo no pido á la dama que sepa zurcir un drama, sino curcirme las medias.

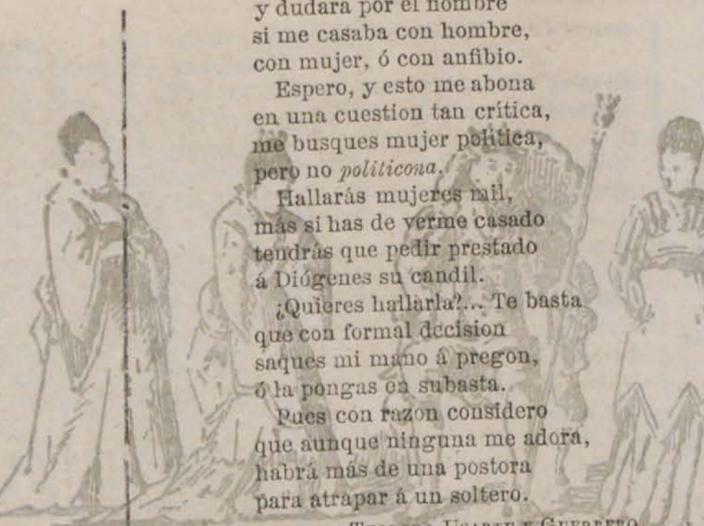
Al público, de este modo, por gratitud amaria; ha de ser mi esposa mia, y no del público todo.

Quiero mujer, no lo niego, que complete mis delicias, y que pague mis caricias, con sus caricias de fuego.

No mujer que estudie á Lista por lucir erudicion, y prefiera á Ciceron; al Manual de la modista, óppana y la Niada, de Homero, y el Pelajo, de Quintana, y de Ercilla á la Anacoreta.

Mil ventajas hallarán los que adren el saber, mas yo no busco mujer, semi-hombre cual Jorge Sandoz.

Será su querer muy tibio, mas no quiero que me desfogue.



y dudara por el nombre si me casaba con hombre, con mujer, ó con anfibio.

Espero, y esto me abona en una cuestion tan crítica, me busques mujer política, pero no politicon.

Hallarás mujeres mil, más si has de verme casado tendrás que pedir prestado á Diógenes su candil.

¿Quieres hallarla?... Te basta que con formal decision saques mi mano á pregon, ó la pongas en subasta.

Pues con razon considero que aunque ninguna me adora, habrá más de una postora para atrapar á un soltero.

TEODORO UGARTE Y GUERRERO.

CASCABELES

Insertamos hoy unos versos del jóven D. Teodoro Ugarte, que pertenece al brillante cuerpo de Artillería, y que por la muestra posee felices disposiciones para la poesia festiva, no desmintiendo el talento de su tío y tío, nuestro amigo Guerrero.

Aunque no hemos tenido tiempo de leerlas todas nos parecen excelentes las Fábulas morales que acaba de publicar el Sr. D. Raimundo de Miguel, en un tomo. Creemos este libro muy apropiado para la niñez y la juventud, y lo recomendamos á nuestros ilustrados lectores.

Continúa la guerra carlista con todos sus horrores, sobre todo en Cataluña, donde aquellos partidarios cometen actos que no son por cierto propios de españoles.

¡Qué lamentable tenacidad!

El día 12 hizo un año que se largó con viento fresco D. Amadeo, desengañado de los que se llamaban sus amigos.

Saludamos con este motivo á aquel buen señor, y á su señora, buenisima persona, le deseamos completo restablecimiento y largos años de paz y ventura.

La comedia El grano de trigo del Sr. Marquina, es una obra delicadamente escrita digna del buen éxito que ha logrado en el teatro de Apolo. La ejecución tan esmerada como lo es siempre en el teatro, que dirige el Sr. Catalina.

Ahora, ahora hace un año que estaba la federal en todo su esplendor. ¡Qué Carnaval el del año pasado! Pi. Figueras, Salmerón, Estévanez, la mar, en fin, á aquello era canela.

Los niños suscritores á Los niños están ejerciendo grandemente su buena inteligencia con los bonitos problemas que publica el elegante periódico, que otra vez recomendamos á los padres de familia, como el más útil y ameno para la infancia y la juventud.

Ya parece que hay dos escuadrones de Milicia. El señor marqués de Sardeal los revistará á la mayor brevedad, segun dicen los periódicos. Anda, anda!

Se proyecta la creacion de una Sociedad protectora de los animales.

Trabajo tiene en España. Un mal poeta presenta unos versos á un magnate solicitando su proteccion.

—Usted viene equivocado,—le dice éste,—yo no formo parte de la sociedad que se proyecta crear.

—¡Animal! dirá uno de los fundadores de la sociedad á su criado: vete de mi casa.

—No es posible: usted tiene la obligacion de protegerme.

Hablando ahora con formalidad, debemos decir que el pensamiento es digno del mayor elogio; pero que los iniciadores que aspiran á inaugurar sus trabajos combatiendo las corridas de toros, tienen para rato.

Celebraremos equivocarnos.

Un periódico de noticias ha publicado el siguiente epigrama en su seccion de anuncios:

Amadeo de cría con leche abundante. Mala de Francia, número tantos. No hay que llamarse á engaño.

Tenemos una satisfaccion grandísima en que se nos haya presentado ocasion de tributar un aplauso al Sr. D. Cristino Martos. La circular que ha publicado últimamente prohibiendo que el lugar de las ejecuciones capitales se convierta en romería y paseo merece los mayores elogios, así como las consideraciones en que aboga por la necesidad de conservar la pena de muerte y las líneas en que, incidentalmente, demuestra sus cristianas creencias. Hoy que tanto se hace gala de impiedad y se diserta en pró de la abolicion de la pena de muerte,—antes de que la decreten los señores asesinos,—conviene ver que el ministro de Gracia y Justicia, poniéndose á la altura de las circunstancias da pruebas de su reconocido talento, al no obedecer á preocupaciones de cierta indole.

La otra noche hubo un serio disgusto en el café de Fernos entre dos ex-diputados, radical el uno y conservador el otro.

Al presenciar la querrela decia un concurrente: Pero ¿no vendrá á poner paz algun agente del Gobierno?

—Quien debia venir, repuso una hermosa jóven, era el general Pavía. Los que disputan son diputados.

Roque Bárcia no ha vuelto á escribir otras cartas. Sin duda las está pensando. Preparen Vds. el paraguas, que es seguro el charron.

La guerra de Cuba se ha recrudecido, segun los periódicos ministeriales, hasta el extremo de hacer necesaria la adopcion de las más enérgicas medidas. Bello país debe ser, el de América, papá.

Un racionista de zarzuela que ha sido contratado para representar en Marsella algunas obras españolas, dice á todos sus amigos que es uno de los representantes de España en el extranjero.

Se casó Cosme Gil, como es muy natural, por lo civil; y repite la suegra con enfado que su yerno no está civilizado.

Entraba el otro día una mujer, en meses mayores, por la puerta de Toledo, y un dependiente de consumos, maliciando que trataba de entrar contrabando, le indicó la necesidad del registro civil? preguntó la detenida. —¿Este estado? —dijo á ella.

ANUNCIOS.

Se reciben en la Administracion: Plaza de Matute, núm. 2.

ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION

PARA 1874.

Contiene este magnífico Almanaque; lo siguiente: «Juicio del año.» por Fronto; «San oral» completísimo, —1873— Revista del año; «Recuerdos literarios» por Ossorio; «In illo tempore» por Sepúlveda; «La soterfona» por Guerrero; «El amor en el siglo XIX.» por Landaluce; «El oro.» por Centellas; «La hija de Jette» drama lírico, por Artigó; «Acuérdate» por Lucrecio; «Recuerdos» por Perez de Liebana; «La mujer» por Brennan; «Poesias de Ariza, Barrera, Principe, Arago, y Guerrero; «La Cubana» por Florá; «Pensamientos morales, políticos y sociales de Campoamor, Castelar, Fernandez Guerra, Tamayo y Cortina, Flores, Rubí, Canovas, Fernan-Caballero, Lafuente, Mondau, Trueba, Ochoa, Necedal, Breton, Silvela, Conde de S. Luis, Marqués de Molins, Rios y Rosas, Florentino Sanz, Cueto, Caffete, Ferrer del Rio, Hartzonbusch, Hernandez de los Rios y Aparisi y Quijarro; «Calendario español de las letras, las ciencias y las artes en el siglo XIX.» y una tanda de walses. Este Almanaque está magníficamente impreso y lleno de hermosos grabados. Se vende á 4 rs. en Madrid y 5 para provincias. Se regala á los que se suscriban á EL CASCABEL por este año. Madrid: Administracion de EL CASCABEL: Plaza de Matute, 2.

DESDE EL CIELO!

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES original de DON CARLOS FRONTOURA representado con gran éxito.

Se vende á 4 rs. y se manda á provincias á quien remita el importe.

Esta obra, por su sencillez, por su moralidad, y por no tener más que cuatro personajes, es muy á propósito para ser representada en casas particulares y sociedades dramáticas.

Administracion de EL CASCABEL, Plaza de Matute, 2.

VERMOUTH DE SALLES

ENICO EN SU CLASE. Especialidad para combatir las enfermedades del estómago, hígado é intestinos.

Premiado por el Ilustre Colegio de Farmacéuticos de Barcelona con medalla de plata, y en diferentes Exposiciones.

Á REAL LA LINEA.

Aprobado por la Academia de Medicina y Cirujia, otras corporaciones científicas y profesores medicos. Depósito en Madrid en casa de los Sres. Prast, Arenal, 8; Garcia Regafado, Mayor, 39; Besteiro, Imperial, 3; Arana, Preciados, 9; Los dos Siglos, Sevilla, 15; y Sanjaume, Horno de la Mata, 15. —Para pedidos de importancia dirigirse á D. Salvador Salles—por Barcelona—SANS.

CUENTOS DE SALON

Se ha publicado el tomo 17 que contiene LA NUBE NEGRA

TEODORO GUERRERO.

Se vende á 4 rs. en Madrid, y 5 rs. para provincias.

Dirjanse los pedidos á la Administracion, Plaza de Matute, 2.

IMPRENTA DEL CASCABEL, Calle del Cid, núm. 4, (Recoletos).